

La guardia de los luceros

Diego Naranjo

Las montañas afiladas
ubicadas en el negro espacio
donde la serpiente lame y acuna
el fluido cálido de unas costillas despedazadas.

Montañas tan antiguas
que los templos erguidos en ellas
son tan jóvenes como un copo de nieve
que se posa sobre un iceberg.

Montañas que perforan
y liberan las luciérnagas.
Estas se elevan
inventando el viento
que hará hinchar las velas
del barco que intercambia
dinamita por campos llanos.

Las luciérnagas se elevan hasta ser luceros,
y las montañas,
ahora mesetas,
dejan de desgarrar los cielos,
y el chacal de la eternidad
muere de hambre.

De su piel desollada,
el guerrero hace una capa

para intentar cobijarse en los recuerdos
de los que viven iluminando en el cielo
cuando el velo negro cubre el horizonte.

—¿Cuál guerrero?

